

Retratando a Isaías*

Triunfo Arciniegas
Escritor

Dos rasgos definen a Isaías: su timidez y su generosidad.

Es un señor medido, medurado, correcto. No lo imagino repartiendo botella en una fiesta o apedreando en el parque las estatuas que le niegan sus comentarios literarios. Creo que nació con esa barba, con los lentes que sólo se quitó para recibir el agua bautismal, bien peinado, por supuesto, ni más faltaba, con la misma sonrisa del muchacho bueno que las mamás quieren para sus hijas. Creo que pesa lo mismo desde el día de la Primera Comunión. Uno podía

pedirle sin pena su ayuda en un trasteo de fin de semana y no se negaría. O que lo acompañara a un festival de cine checo. No expondrá durante un almuerzo las interminables razones de por qué el país va cuesta abajo o qué aprendieron los franceses de los rusos en el análisis textual. En cambio, uno almorzará tranquilo, hablando de todo y de nada, sonriendo, con la certeza de que a las dos de la tarde el mundo será el mismo del mediodía.

Luego de unas cuantas cartas, lo conocí en 1983 en la Biblioteca Nacional. Traía

su foto grabada en mi mente y me acerqué a saludarlo. Lo mismo hice con Milcíades Arévalo, Jorge Eliécer Pardo y otros que comparten su generosa mirada.

Isaías es un hombre que viene de la provincia y conoce los afanes de los recién llegados. Aunque aparecen como hormigas, nadie, que yo sepa, fue mal atendido. Llegan con su novela bajo el brazo, con sus bocetos, con sus sueños frescos. Isaías, siempre tan tranquilo, tiene un rato para todos, en su oficina, mientras camina al restaurante, en

Isaías es un hombre que viene de la provincia y conoce los afanes de los recién llegados. Aunque aparecen como hormigas, nadie, que yo sepa, fue mal atendido.

*Texto leído para la presentación del libro *Ensayos y contraseñas de la literatura colombiana (1967-1997)*, de Isaías Peña Gutiérrez, editado por la Universidad Central, en la 16ª. Feria Internacional de Libro de Bogotá, mayo 3 de 2003.

las ferias del libro, en las ciudades que visita como jurado o como conferencista. Unos pocos persisten, otros se dedican a oficios más provechosos y nadie los vuelve a ver.

La columna de Isaías en el periódico dominical, “El Arca”, era la manera de que el país se enterara de los escritores de la provincia, de los que no tienen amigos en la capital que reseñen sus libros o ensalcen sus logros. Este país es sumamente centralista: lo que no sucede en la capital es como si no sucediera. Alguien publicaba en su pueblo un libro artesanal y abría el periódico con la esperanza de que Isaías le hubiese dedicado una o dos líneas. Este señor mesurado no tiene idea de cuántos domingos felices y desmesurados provocó en los rincones más apartados del país.

Su columna era nuestra guía de concursos y nuestra cartelera de novedades. Ahora lo hace en internet pero ya es otro cuento. Antes uno se despertaba con esa delicia propia del domingo, caminaba recién perfumado al parque y compraba el periódico para saber cómo iba la cosa en el país. Ahora se entra al ciberespacio, donde las posibilidades son literalmente infinitas.

El Taller de Escritores de la Universidad Central ha sido otra expresión de su generosidad. El maestro es el que no se reserva nada, el que expone sus secretos, el que no padece las envidias, el que no le importa que sus alumnos lo superen e incluso espera que sea así. La cosecha de escritores de su taller es notable. Ganan premios, publican libros, se afianzan en el panorama cultural.

Ensayos y contraseñas de la literatura colombiana es la prueba viviente de la preocupación de Isaías Peña por nuestra literatura durante treinta largos años. Sé que mantendrá su tesón no sólo con los nombres consagrados sino con los que vienen, porque sabe mejor que nadie que las letras son parte esencial de la riqueza espiritual del país. La otra riqueza es el cuerpo, tan maltratado en estos tiempos: las torres derribadas, los puentes quebrados, los ríos contaminados, los pueblos de los pobres destrozados, el azul de los cielos tan lejano, el rojo incesantemente derramado, el amarillo tan mal repartido. Pero si muere el espíritu, nada se podrá hacer con el cuerpo.

Una vez más digo esta frase:

Gracias, Isaías.

